

REVISTA ILUSTRADA DE
ARTES · LETRAS · SPORT

Año III

Núm. 55

Lima, á 7 de setiembre de 1907

U. N. M. S. M.

BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTIGUO

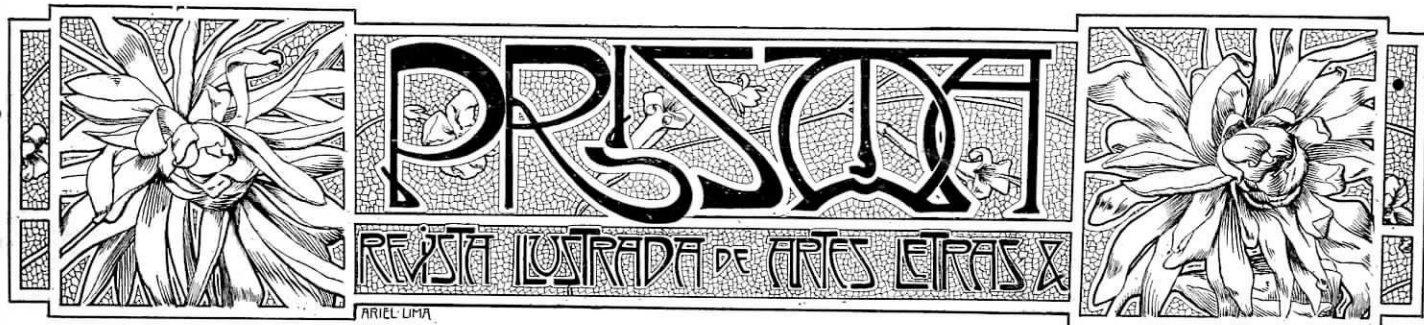
PRISMA

SUMARIO

Notas de artes y letras, por Clemente Palma.—Huéspedes distinguidos.— Construcciones monumentales de la colonia, por Horacio H. Urteaga.—"A través de un prisma" por Zadig.—La princesa de Sicilia, por José de Roure.— Crítica literaria, por Antonio de Valbuena.—La página blanca, por Rubén Darío.—La mano, por Guy de Maupassant.—Nuestra información gráfica —Mi tío Barbassou, novela de Mario Uchard.

MCMVII

Año III
Nº 55



Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906

DIRECTOR — CLEMENTE PALMA

AÑO III }

Lima, á 7 de setiembre de 1907

{ NUM. 55



LA VACUNA

(Cuadro de L. Boilly.—Colección Chaix d'Est-Ange)



«El conocido escritor y poeta don Emilio Bobadilla, más conocido por el pseudónimo *Fray Candil*, ha sido atacado de reblandecimiento cerebral. Los síntomas con que la terrible enfermedad se presentó en el distinguido cronista pasaron largo tiempo inadvertidos; pero fueron acentuándose poco á poco llegando al extremo de hacerse necesarios un descanso prolongado de su pluma, las duchas eléctricas y la prohibición absoluta de lecturas científicas. En los últimos tiempos le dió al escritor de que hablamos por aborrecer á todos los escritores americanos, por creerse el Paraclete unas veces y otras, Brachma, por ser el sacerdote de sí mismo y tales majaderías escribió en libros y periódicos, que los médicos alienistas han juzgado el caso grave, afirmando que si su vigorosa complexión no reacciona pronto por medio del reposo, la alimentación vegetariana y el aislamiento, el pobre escritor caerá en el delirio de grandezas y en la demencia. Hacemos votos porque el reblandecido *Fray Candil* recobre su salud física y mental para bien propio de las letras americanas.»

Si yo no he leído esto, he soñado que lo he leído y en todo caso pienso que—dados las trazas de su libro *Sintiéndome vivir* y de sus últimos artículos ó correspondencias al *Comercio*—no pasará mucho tiempo sin que los periódicos europeos y sudamericanos traigan la desagradable noticia de que *Fray Candil* está reblandecido. Y á fé que lo sentiría porque *Fray Candil* como ya lo he dicho en otra ocasión, cuando no escribe con hieles de envidias ni con mieles de auto adoración, es un escritor muy estimable, de estilo vigoroso y cálido y hasta un poeta de verdad... aunque en pocas ocasiones. Y aprovecho aquí para rectificar un juicio ligero que expuse otra vez afirmando que *Fray Candil*, como poeta, merecía la conmisericordia de sus contemporáneos. No señor, no tanto. Al día siguiente de publicadas esas líneas mías sobre el bilioso crítico cubano, un inteligente amigo mío me reprochó haber estampado la heregía de que *Fray Candil* no era poeta, y para fundar su reproche me recitó la composición *A Velasquez* y dos ó tres más verdaderamente inspiradas, que me obligan hoy á confesar que *Fray Candil* acierta á veces. Conste para mi descargo que yo fundaba mi juicio en las sandeces que constituyen la totalidad del libro de versos de *Fray Candil*, titulado *Fiebres*. A su turno mi amigo convino en que este librito era un sólido fundamento para mi desconsoladora opinión sobre el esto poético de *Fray Candil*. Y dejando, pues, las cosas en su lugar, prosigo.

El Comercio publicó últimamente una correspondencia de *Fray Candil* que prueba la vacuidad á que llegado su cerebro, la esterilidad de sus ideas. No he visto nada más vacío, más soso y más necio que ese artículo. Prefiero los artículos biliosos en que desuella al prójimo, porque somos los hombres de tan maligna constitución, que, aun cuando estemos convencidos de la sinrazón é injusticia con que se zahiere é injuria á un hombre, nos regocijamos y divertimos con ello. ¿Quién más insidioso

maligno é injusto que el critico-sacristán de Valbuena? Pero basta que pellizque, zarandée y mortifique á alguien, con la gracia con que lo hace, para que nos demos por bien servidos, á costa de la verdad y de la justicia tan donosamente sacrificada en aras del chiste burlesco ó del retruécano ingenioso. Nada de esto tiene *Fray Candil*; más viril y agresivo, más amargo y duro en sus críticas, más injusto y apasionado, y con mayores impulsos científicos (*Valbuena* como buen rotodajo abomina de la ciencia) es, no obstante, su falta de gracia y donosura, preferible cuando coje el zurriago hiriente ó el incensario de la agolatria, que cuando escribe crónicas vacías como la última. Comentando del modo más pueril y pedestre la posibilidad de una guerra americana-japonesa no hace sino poner cálculos de las escuadras de ambos países, que se ven en todas las gacetas de periódicos provincianos, para llegar á la conclusión de que en su concepto ¡oh tenedlo en cuenta japoneses! estos están en pie de inferioridad. Por saberlo todo *Fray Candil* es hasta táctico naval. Pero la gran razón que tiene el cronista para pronunciarse contra los asiáticos es una razón de carácter personal; hela aquí. «En un caso de guerra, excuso decir que estoy con los norteamericanos. Por lo menos son blancos, como yo, y no color de membrillo como los otros.» De aquí se deduce, y esto era lo principal, que Bobadilla es blanco, sépalo el mundo literario por si lo ignoraba ó lo dudaba. Y se deduce que sobre las demás razones que puedan alegarse para que el mundo civilizado desee el triunfo de la raza norteamericana, caso de conflicto armado, prima en *Fray Candil* el argumento de cualquier pulpero ignorante, esto es, el argumento personal, el yo.

Pero lo más interesante de la correspondencia que comentamos es la lección de sociología barata que nos da *Fray Candil*. Se imagina el buen señor que estamos en tan deplorable atraso de la aritmética práctica que juzga necesario, para que entendamos las leyes sociológicas y biológicas de Lamark, explicarnos lo que es una progresión aritmética y una progresión geométrica. Y no le bastan las definiciones sino que nos obsequia con ejemplos demostrativos que nos aclaren las cosas y nos iluminan las ideas, y de paso le llenan las carillas de papel. Después de haber escrito las fórmulas de las leyes sociológicas se imagina *Fray Candil* haber hecho una correspondencia sabia é ilustrativa. Así es muy fácil escribir correspondencias. Cuando un hombre recurre al procedimiento de copiar más ó menos malamente los textos elementales, para llenar papel y cumplir sus compromisos de escritor, es porque se ha formado en su cerebro un gran vacío de ideas. Y cuando comienza el agotamiento cerebral se está en vías de llegar al reblandecimiento. Es por esto que, con dolor de mi corazón, estoy temblando leer próximamente el suelto con que comienzo esta línea. Pobre *Fray Candil!*

Le deseo la mejoría.



Huéspedes distinguidos

Con el mayor agrado publicamos hoy el grupo que, especialmente para esta revista se ha hecho del profesor David Todd, su distinguida esposa y su simpática hija señorita Millicent. Harto conocido es el profesor Todd en el mundo científico por sus notables observaciones y estudios astronómicos. Graduado a la edad de veinte años en la Universidad de Amherst, Columbia, y llevado por sus aficiones y conocimientos de la ciencia astronómica, escribió un interesante estudio sobre los satélites de Júpiter, y una continuación de las tablas de Damoiseau, que llamaron la atención de los sabios. En 1878 el Gobierno de Estados Unidos le nombró jefe de una comisión encargado de observar un eclipse solar en Tejas, y tres años después la Universidad de Amherst le llamó para que dictara el curso de Astronomía. En 1886 hizo los planos que sirvieron para la edificación del Observatorio de *Smith College*, en el que instaló un telescopio de 12 pulgadas. En 1887 y en 1896 fué al Japón para observar eclipses solares. Presidió una comisión científica que visitó el sur de Africa y en 1900 aplicó en Trípoli un procedimiento de su invención para obtener múltiples fotografías de los eclipses, obteniendo en 51 segundos más de 200 fotografías.

Su invención fué muy loada por los astrónomos, y Mr. Deslandres, profesor de la Universidad de París, decía que el señor Todd era el padre de la fotografía de los cielos. Constantemente el gobierno de los EE. UU. y las instituciones científicas han confiado al profesor Todd la investigación y observación de los fenómenos celestes. Sería muy largo enumerar todos los viajes y observaciones que ha realizado. Ultimamente el observatorio Lowell le confió el estudio reciente del eclipse anular de sol y muy especialmente la observación del planeta Marte que estuvo en oposición, hace poco, esto es en su menor distancia de la tierra.

El éxito de sus observaciones ha sido brillantísimo, pues, el señor Todd ha logrado hacer más de 6000 fotografías de Marte, y entre ellas, muchas de los canales dobles de este planeta, que por primera vez se llegan á obtener, lo cual es de gran importancia científica por el interés que Marte despierta actualmente entre los sabios. El Sr Todd ha conseguido fotografiar la totalidad de la esfera de ese misterioso planeta sobre el que hay tantas hipótesis y teorías relativas á su habitabilidad. El aparato que acompaña á Mr. Todd para sus observaciones es un telescopio

de refracción, de 18 pulgadas de diámetro y del peso de siete toneladas. Es indudablemente uno de los más grandes que se han empleado en el hemisferio meridional, y es propiedad del gran observatorio de Amherst, cuya edificación dirigió.

Mr. Todd ha escrito varias obras y artículos notables sobre temas científicos siendo sus libros más importantes *A New Astronomy* (La astronomía nueva) y *Star and telescopes* (Estrellas y telescopios).

La señora Todd es una distinguida escritora que ha acompañado á su esposo en todas sus expediciones científicas y que posee vastos conocimientos sobre astronomía, al extremo de que su libro *Total Eclipses of the Sun* es una autoridad en la materia. Además de esa importante obra ha escrito un romance titulado *Totprints* y un libro de impresiones de viaje *Corona and Coronet* y editado los *Poemas* de Emilio Dickinson.

La señorita Millicent Todd, inteligente y espiritual, es digna de sus padres y si aún no ha escrito nada es seguramente por timidez,

pues posee una ilustración poco común y un caudal interesante de recuerdos de viaje, y de impresiones. Sabemos que más tarde escribirá y estamos seguros que su producción, entre la de sus ilustres padres, será como un florecimiento de rosas lozanas y frescas bajo el follaje de dos fuertes robles.



Profesor David Todd, señora é hija

Foto. Moral

Las construcciones monumentales de la colonia .

TEMPLOS DE CAJAMARCA



No fueron los castillos señoriales, ni las fortalezas ni los palacios los que se elevaron en América durante los primeros siglos de la dominación hispana; el imperio de la fe era demasiado vivo para no reclamar la primacía y excitar el celo religioso del aventurero castellano. Las iglesias, los monasterios, conventos, casas pías, de recogidas, retirados, penitentes, etc., se desparramaron por todas las colonias. Raro era encontrar una población colonial donde no se elevara la pequeña iglesia ó el beaterio construidos con el voluntario donativo de los vecinos, casi no se vió el caso de que un testador dejara de poner esta disposición de última voluntad: «Item declaro: que lego tal cantidad ó tal bien para que sirva á la construcción, refección ú ornamentación de tal ó cual iglesia ó monasterio, encargando de la ejecución de la obra á mi albacea».

Sin embargo, á pesar del celo y entusiasmo de aquellos hombres piadosos para la construcción monumental religiosa, el arte arquitectónico apenas si salió de la rutina y de la fiel imitación al estilo dominante en la metrópoli. Allá dominaba Churriguera (1). Con todo, en España era demasiado hermoso el espectáculo del arte árabe y del gótico puro y limpio tal cual los ostentaban sus catedrales famosas, para que los esfuerzos del arquitecto, por renovar é imprimir nuevo sello al arte gótico, se dejaran sentir con intensidad; fueron las colonias del nuevo mundo, los que sufrieron su influencia y perdieron por ello la ocasión de gozar la posesión de construcciones góticas, que tanto esplendor dieron al arte cristiano durante los siglos XIV, XV y XVI.

En las colonias españolas Méjico, Guatemala, Quito, Lima, Arequipa, Cuzco y Cajamarca, vieron elevarse construcciones soberbias más por la grandiosidad de su conjunto que por la pureza de su estilo.



Iglesia de San Francisco, la primera del Perú

Y es extraño, en el Perú no fué la mejor dotada la ciudad de los Reyes, ni Cuzco, ni Arequipa ni Trujillo, lo fué Cajamarca la ciudad imponente é histórica, tumba y relicario del más sublime de los recuerdos. Lima

(1) La agricultura gótica degeneró en España con la *plateresca* que «degradó á la arquitectura de su nobleza y sencillez, recargándola con ornatos que contienen figuritas humanas, animales, frutas, flores, etc. etc. Churriguera la degeneró más aun con increíbles absurdos y extravagancias.»

(Los tipos de arquitectura. Giró y Aranols.)

tuvo su Catedral majestuosa, enriquecida con donativos, pero de un estilo heterogéneo y de una solidez objetable; la catedral arequipeña tiene una fachada amplia; pero



Ntra. Señora de los Dolores, patrona de la ciudad

demasiado desnuda, aunque magnífica en su interior; la iglesia de la Compañía en el Cuzco, no cautiva por su estilo, es majestuosa como toda construcción monumental de esa época, pero sin esbeltez ni gracia, no tiene del arte churrigueresco sus exhuberancias, ni del ojival su sencillez, ni del árabe su gentileza; pesado, deforme, más parece retoño marchito del arte bizantino que construcción del siglo XVI.

A raíz de la prisión de Atahualpa se principió la edificación del primer templo en el Perú, y como la caída del Inca había sido hecho demasiado sorprendente para no ser considerado por los aventureros como providencial, en la repartición del *rescate*, al reclamar la religión su donativo, se alargó solícita la mano de los conquistadores.

Pizarro con beneplácito de todos destinó la suma de 2220 pesos de oro (1) para la construcción de la iglesia de San Francisco que se comenzó aprovechando parte de los muros y las canteras del templo del Sol. Al poco tiempo concluído su primer cuerpo, podía recibir el cadáver del último soberano del Perú (30 de agosto de 1533).

La colonia española que quedó en Cajamarca continuó la edificación, que desgraciadamente no la llevó á término; quedó inconclusa la parte superior de la fachada á la que se le hizo un ligero tallado y apenas se pusieron las plataformas superiores de sus torres.

En este templo se revela ya el arte churrigueresco; el decorado de su fachada ostenta la profusión de bajos re-

(1) Acta de Repartición del rescate; Col. de MS. de Muñoz-Llanó Zapata dicen sus Memorias históricas (pag: 75) 90 marcos de plata con 2.210 castellanos de oro; pero cree que fueron dedicados á la iglesia de San Juan Evangelista, después catedral de Lima. No necesita comentarios semejante anacronismo.



Iglesia matriz de Santa Catalina

lieves, columnas torneadas, capiteles de hojas de acanto caladas cornizas y profusión de arabescos en los frisos y claros de su frontón. Tiene tres amplias naves sobre una área de cerca de 1500 metros cuadrados. Su interior lo visten 13 magníficos altares entre los cuales sobresale el *mayor* que hace frente a la nave central y de construcción bien moderna. El material de este edificio como el de todos los de procedencia española en Cajamarca es la *cantería*, piedra menos dura que el granito; pero más resistente que el ladrillo, muy abundante en todas las canteras del valle. Actualmente pertenece este templo a los franciscanos, por adjudicación que el virrey don Francisco de Toledo hizo a los religiosos de esta orden el año de 1638. En el día, es el mejor conservado y el más elegante en sus detalles y ornamentación interior.

A su costado derecho se halla la capilla de la Virgen de los Dolores, obra maestra de arquitectura y de tallado: la admiración de quienes la contemplan. Sus bajos relieves representan todas las escenas de la vida y pasión de Jesús, sobresaliendo los que se hallan en el atrio que muestran la Cena Sacra y el Lavatorio (1) en el largo



Iglesia de Belén (frontispicio)

piso de todo el contorno de la capilla se ven algunos centenares de bustos de santos en alto relieve, y sobre las caladas ventanas, pequeños frontones cubiertos de figu-

(1) El lavatorio que hizo Jesús a sus discípulos la víspera de su pasión, como ejemplo de humildad y amor. (San Juan cap. XIII vs. 3 sigs.)

ras alegóricas; el frontis del coro ostenta en hermoso alto relieve la Salutación del Angel a María. En esta capilla se rinde culto a la Virgen de los Dolores, magnífica imagen considerada como la *patrona* de la ciudad y cuya fiesta que se celebra en la última semana de cuaresma es siempre un acontecimiento solemne. La iglesia de San Francisco es servida por religiosos descalzos, los que poseen además, unido al templo, un espacioso convento donde funciona un colegio de novicios.

SANTA CATALINA.—Es la iglesia Matriz y dentro de poco será la iglesia catedral (1) Este templo semejante al anterior en el estilo, es más pomposo y más completo. Su frontispicio cuajado de arabescos, de cornizas de encaje y torneadas columnas, es magnífico. En la parte alta de su frontón se halla en bajo relieve el escudo español, terminado en una imperial corona. Este templo también tiene inconclusas sus torres.

La construcción de este templo data del segundo siglo colonial.



Iglesia de la Recoleta

BELEN.—El templo de este nombre, sólo tiene una nave, pero el plano sobre el que se asienta es majestuoso. A su derecha se hallan las vastas salas de piedra del hospital y a su izquierda la capilla mortuoria. Esta iglesia ofrece el más elegante frontispicio. La mirada se extasia al contemplar la primorosidad de los relieves, la gracia de los arabescos, la finura de las volutas y capiteles, el calado de sus cornizas y la soltura y naturalidad de sus estatuas, Belén está al cuidado de las hermanas de caridad y data su construcción del siglo XVI. En su portada se ostenta en doble escudo una triple corona ducal; lo que es probable, indique al devoto caballero que lo hizo levantar.

LA RECOLETA.—Templo de estilo sencillo, su frontispicio es llano y apenas adornado con pequeñas estatuas. Tiene sus torres concluidas y la más alta cúpula; adyacente a él se halla el vasto local del Colegio Nacional de San Ramón, todo de piedra y que fué antiguo convento de Recoletos (2). Otros templos como La Concepción, San Pedro y San José elevados en los últimos años de la dominación hispana no merecen comparación con los anteriores, contemplándolas un sentimiento de tristeza embarga al creyente y al artista; el uno puede

[1] Por ley de octubre de 1906 se ha creado la nueva diócesis de Cajamarca, está pendiente la elección del primer obispo.

(2) La Recoleta y la Merced fueron incendiadas por los chilenos cuando su invasión a Cajamarca; el primero de estos templos ha sido reconstruido, gracias a los donativos de varios hombres piadosos, no así la Merced y su convento; sobre su área se ha elevado la plaza del mercado. En la Recoleta existió el retrato del millonario que lo hizo construir y en ese lienzo se indicaba el valor de la obra: costó un millón y real y medio en pesos godos.

ver en esta decadencia la debilidad de la fé, el otro la ausencia de gusto y de ideal; en esta época del mundo son diferentes los manantiales del arte y del sentimiento; el hombre ya no escribe la historia en piedra, perpetúa sus grandes hechos con el lenguaje y la palabra escrita; como el Claudio Frollo de Nuestra Señora de París, diga-

mos á los que suspiran por la resurrección imposible de aquella tendencia humana: «*El libro ha dado muerte al edificio.*»

Setiembre, de 1907.

HORACIO H. URTEAGA.

“A través de un prisma”

A despecho de las previsiones de nuestros climatólogos una quincena lluviosa ha asaltado casi, sin aviso previo, á todos los habitantes de esta bienaventurada ciudad. Ha llovido bastante, sino á cántaros, según frase consagrada, por lo menos de manera suficiente para convertir en lodazales el pavimento de nuestras calles, y para transformar en mal humor el más pacífico genio conocible. Porque, bromas aparte, el estado climático de una población influye indudablemente en el carácter de sus habitantes. Y este hecho que, á manera de curiosidad, registra hoy mi despuntada pluma de cronista, está plenamente comprobado por multitud de respetables y auténticas observaciones. A nadie se le ocurriría acusar de rabiosos á los habitantes de una cualquiera de esas poblaciones flamencas en la que el frío, ha destruído completamente los últimos gérmenes de coléricas exaltaciones; y en cambio, á nadie se le oculta el carácter enteramente explosible de los vecinos de aquellas ciudades en las que el frío y el calor, la lluvia hoy, y un sol abrazador mañana, se entretienen en la laudable tarea de burlar predicciones, y alterar genios adorables, algunos días antes.

Y este hecho sabiamente anotado como dije antes, tiene su completa generalización entre nosotros, donde, icosa rara! la lluvia parece ejercer una acción tonificante sobre los nervios antes atacados por el calor intenso de este sol tropical que, en veces nos visita en pleno invierno. Aquellas personas incrédulas que toman á ironía estas pobres y sinceras anotaciones mías, no tienen sino refrescar la memoria para convencerse, de que coincidiendo con la caída de las lluvias, se levantó en Lima una nube de acontecimientos sensacionales de disturbios y hasta de graves conflictos que, con otro estado climático, no hubieran pasado de simples discusiones familiares.

Todos lo recordamos: cierta mañana las calles, que, merced á las cariñosas asiduidades del Municipio, ostentan huecos suficientes para ocultar todas las desgracias de la patria, que abultan un poquito, amanecieron como debió amanecer la superficie de la tierra días después de acaecido el diluvio, que en tanto duro trance colocara á la especie humana. Pero la lluvia en sí no era desagradable. Las calles tomaban un aspecto europeo; la gen-

te discurría más rápidamente; hubo señoritas elegantes que ocultaron y descubrieron adorables gentilezas, al resguardarse bajo la seda de un *en tout cas* ó saltar sobre los peligros de una charca, y hasta se dió el caso, no siempre frecuente, de que los paraguas, y uno que otro impermeable masculino, circularan sin causar asombro bajo la lluvia que azotaba los cristales de los escaparates y las baldosas de las aceras.

Pero, este fué el único lado semi-gradable de la lluvia. Fuera de los paseos y citas fracasadas y pasando por alto *El Grau Premio Nacional* que se corrió en familia, la lluvia despertó, como antes dije, muchos dormidos temperamentos, y en el seno de la Representación Nacional primero, en los pasillos de los teatros luego, y en los saloncillos de los clubs después, se suscitaron conflictos de carácter grave, algunos de los que llevaron á sus mantenedores á la obligación de cambiar, delante de una *foule* de testigos y curiosos, las balas que los códigos del honor, consideran como las únicas y posibles abluciones de la honra.

Porque aquí, entre nosotros, los desafíos han llegado á ser cosa tan corriente como la moneda de á un céntimo. Uno se bate por cualquier cosa y á cualquiera edad. En la quincena pasada se concertó un duelo, por un insignificante asunto, entre dos jovencitos recién salidos del colegio, y día llegará, en que un recién nacido remita un par de testigos al comadrón que no le recibiera con las atenciones debidas.

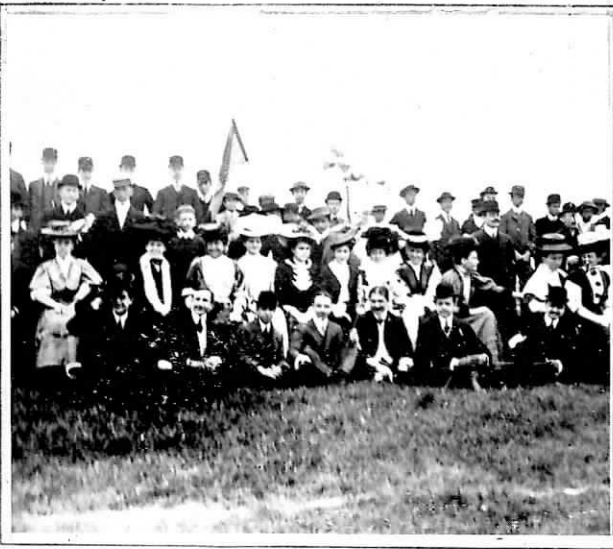
Y de este y otros parecidos sucesos, no tiene en mi opinión, nadie la culpa sino la lluvia, esta maldecida lluvia que, viniendo después de los ardores de un inesperado sol primaveral, remueve en nosotros el punzante germen de las discordias, vuelve epigramático al más honorable y pacífico de los ingenios, y hace terminar en desafíos lo que nunca debiera pasar de una charla amistosa sin consecuencia alguna posterior.

Hoy felizmente ha pasado el chubasco. Las calles han vuelto á quedar secas; los genios se han pacificado, y un hermoso sol de primavera acaricia por las calles y paseos las *toilettes* claras de muchas limeñas, á las que retrajera en su casa el gris sucio y lluvioso de la última y pasada quincena.

ZADIG.



Match de foot-ball en Santa Beatriz



Mayor de
Bibliot
Lima

1 Césped florido.—2 Grupo de beligerantes.—3 En campaña.—4 En plena acción.—5 El Estado Mayor.—6 En retirada Inst. Grandjean

La princesa de Sicilia

AMAR EN VIDA Y EN MUERTE



Adormitado en el cenador del jardín, que cubrían espesa madreSelva y floridos rosales silvestres en apretada trabazón, he aquí que escuché de pronto un ruido como de hojas bruscamente apartadas, y apareció ante mis soñolientos ojos un

hombrecito barbado que, estirándose mucho podría llegar á mi rodilla. Era un gnomo que venía tal vez á dormir la siesta en el cenador ó á apagar su sed con las gotas de rocío cuidadosamente guardadas en el capullo de una rosa. Me miró asustado y yo le saludé sonriéndome. Pronto fuimos amigos, y con su voccecita dulce me contó la historia que voy á escribir, y que oyeron, como yo, un pájaro posado en el ramaje de la madreSelva y dos mariposas que revoloteaban dentro del cenador como dos copos de nieve olvidados por el invierno en aquella grata y perenne frescura. Séanme el pájaro y las mariposas testigos de que el gnomo contó lo siguiente:

La princesa Elena de Sicilia era una muchacha encantadora y feliz que se reía siempre; no había amado nunca. La risa, brincando de sus labios, alegraba los austeros salones del palacio del rey de Sicilia, y fingía en en las lunas de los grandes espejos que adornaban sus muros, rápidos incendios, conforme los ecos de las carcajadas botaban en los tersos cristales. Jamás había sentido la feliz princesa esa vaga melancolía que se mete en el corazón y que llamamos todos amor, esa suprema delicia triste que agranda nuestras almas con horizontes de sueños y las constriñe con la angustia de imaginarlos irrealizables. Esa inquietud, en fin, llena de lágrimas que hace mejores a los buenos, grandes á los pequeños, hombres á los gnomos, dioses á los hombres. Conocí á la princesa Elena en los jardines de palacio, á los cuales solía yo salir de nuestras fábricas subterráneas por el oculto cauce de una fuente, y desde el primer día que la vi entretenida en locos juegos con sus doncellas, juré que el sol daba más en mis ojos. Hermosa, gallarda, riéndose siempre, pasó ante mí perseguida por sus camaradas como una imagen de la juventud que huye, y al apoyarme desvanecido en el tallo de un rosal, las espinas me llenaron de sangre las manos y sentí más dentro las picaduras. Otra tarde oía cantar alegres canciones, acompañada por sus doncellas, que tañían dulces instrumentos y las regocijadas notas de su voz de oro sacaban llanto á mis ojos; y aquella noche me consolaron llorando conmigo los ruseñores. Olvidé las fábricas subterráneas de mis hermanos, donde labrábamos diestramente ricos metales desconocidos por los hombres y engarzábamos en ellos las piedras preciosas cristalizadas al primer frío que sintió en las entrañas de la tierra, y viví prisionero de aquellos jardines inmensamente cercados por mis sueños,

triste y dichoso á un tiempo, como todos los que aman. Percíay! un día escuché referir á las doncellas de la princesa que el rey, su padre, había decidido casarla, para felicidad de sus Estados y persistencia de su trono. La augusta heredera de Sicilia se había resistido al deseo paterno, asegurando como era bien cierto que no amaba á nadie; pero cediendo al fin á las razones de Estado con que la obligaba el rey, contestó, según referían las doncellas: «Pues bien, seré la esposa del hombre que me gane. Que se anuncie por toda la cristianidad un torneo en nuestra corte para dentro de un año, y el caballero que venza á todos los demás será mi esposo.» Corrí, después de escuchar esto, desolado al cauce de la fuente, y hundíme en nuestros dominios subterráneos murmurando tristemente: «¡El hombre que la gane! ¡y yo no soy un hombre, sino un gnomo!»

Mi pequeñez ridícula, mi cuerpo enano, me pesaban como si toda la creación se apoyara en estos menguados hombros.

Fué corriendo rápidamente el tiempo y llegó el día del torneo, que heraldos y embajadores habían anunciado por toda la cristianidad. En la corte del rey de Sicilia, y ganosos de empuñar las armas para conquistar la mano y el corazón de la encantadora princesa Elena, brillaban el hercúleo príncipe Rodrigo de Aragón, á quien de antemano asignaban todos el triunfo; Hugo de Foix, tan diestro en reñir como en trovar; Alberto de Lancaster, llamado gigante de oro por su estatura colosal y su blonda melena; el gallardo duque de Milán, y otros tantos príncipes esforzados, todos jóvenes, todos hermosos, todos hijos de reyes. Pero la princesa Elena conversaba alegremente con ellos sin que la risa se apagara en sus labios, porque á ninguno amaba.

Cercóse el campo del torneo en una extensa pradera cerca de los jardines de palacio, y se dispuso espléndida tribuna para el rey y su hija, que sentados en amplio y rico trono y circuidos por la corte, vieron desfilar la brillante patrulla de los caballeros, prontos á disputarse el alto premio de la lisa. La princesa les conocía por sus armaduras ó por sus motes y preseas, y les nombraba mentalmente según iban pasando ante la real tribuna, sin que la alegre sonrisa desmayara en sus coralinos labios. Pero he aquí que cuando á nadie se esperaba ya, apareció en el campo del torneo un caballero cubierto con sencilla armadura de un metal que deslumbraba, y jinete en fogoso caballo blanco que salpicaba su propia blancura con la espuma arrojada de su boca. La princesa miraba fijamente al misterioso caballero, cuyo nombre y cuya patria ignoraba, y mientras la alegre sonrisa desaparecía de sus labios, hubiera dado la vida y el trono por poder contemplar aquel rostro que ocultaba la celada del casco. Comenzó el torneo, y Rodrigo de Aragón fué derribando fácilmente á botes de lanza á todos sus gallardos adversarios. La princesa Elena, mirando siempre fija, tercamente, al desconocido caballero de la armadura deslumbradora, iba sintiendo que en su corazón se metía una dulce tristeza jamás gustada. Quedó la lid para decidida entre Rodrigo de Aragón y el desconocido caballero, precipitándose aquél sobre éste á todo galopar de su caballo y con todos los bríos y jactancias de la segura victoria. El caballero, sin espolear apenas su fogoso corcel, tendió el brazo armado de pesada lanza, y Rodrigo de Aragón cayó vencido por tierra. Alzóse en todo el campo del torneo un clamor inmenso, y la princesa Elena púsose rápidamente en pie para esperar al



vencedor misterioso, dueño ya de su mano. Acercóse éste, sin descabalar, á la tribuna, é inclinándose ante la princesa, que taladraba con sus avaros ojos el metal del casco, murmuró con voz queda y apasionada: «Volveré; os adoro.» Y rigiendo con seguro mano el fogoso corcel, cruzó lentamente el campo, salvó la valla y se perdió en la lejanía.

Seguíanle las tristes miradas de la princesa Elena, y el corazón de la infeliz con ellas, mientras sus labios, olvidados ya para siempre de las risas, repetían tristemente las palabras del caballero: «Volveré; os adoro.» Estas frases fueron desde entonces su única ventura. Confiada en la promesa del caballero, y gozando esa suprema delicia triste que agranda nuestras almas con horizontes de sueños, pasaba largas horas la princesa de Sicilia y asomada á una ventana de la más alta torre del palacio explorando el campo con sus avarientos ojos. Parecía á veces descubrir allí á lo lejos el relampago de su deslumbradora armadura, y era el fulgor inquieto del último rayo del sol poniente que desmayaba en la noche.

Días y días esperó; semanas, meses corrieron sin que la enamorada de un misterio lograra otra dicha que la de repetirse tristemente: «¡Volverá; me adora!» y sólo con decir quedamente estas palabras, sentía una felicidad tan grande, que sus ojos se llenaban de lágrimas.

¡Ah, si la princesa de Sicilia hubiese sabido que la deslumbradora armadura no encerraba, como sus sueños le decían, el gallardo cuerpo de un hombre joven y hermoso, sino la diminuta y ridícula figurilla de su enano...! Porque aquel caballero era yo; los gnomos, mis hermanos mil veces más diestros forjadores y mecánicos que los hombres, fabricaron para mí en nuestras forjas subterráneas aquella desproporcionada pero maravillosa armadura que, accionada por poderosos resortes, fingía todos los movimientos y desarrollaba todas las fuerzas del más hercúleo cuerpo. Y dentro de esa armadura iba mi cuerpecillo miserable, y era mi mano huesuda, de flaco enanillo la que, actuando los hábiles resortes, no solo contrahacía todas las dominaciones y gracias de una juventud robusta, sino que derribaba al poderoso príncipe Rodrigo de Aragón, el más experto de los lidiadores y el más hermoso de los hombres.

¿Pero cómo presentarme ante la princesa Elena y decirle: «Fuí yo y no otro, yo, menguado hombrecillo, quien murmuró á vuestro oído el día del torneo, «Volveré; os adoro»? ¿Soy yo vuestro esposo; yo vuestro sueño; yo quien os causa esa delicia triste jamás sentida...?» ¡Cómo decírselo, si la adoraba, y al decírselo me hubiera visto tal coma soy, minúsculo hombrecillo, nacido por ironía de la naturaleza!

Y la infeliz pensando siempre «mañana llegará mi esposo amado, el caballero de la deslumbradora arma-

adura», y viendo morir un sol y otro sol desde la ventana de la alta torre de palacio sin que el caballero tornase, enfermó de su sueño de amor incumplido, la más mortal de las dolencias humanas. Pálidas las mejillas, vidriosa la mirada y flaco el cuerpo y exhausto de fuerzas, aún se asomaba la infeliz á la ventana de sus sueños murmurando: «¡Volverá; me adora!» Cayó al fin postrada en el lecho, y sintiendo el consuelo de la muerte como un bálsamo inyectado en sus venas, llamó á su padre y el dijo: «Padre y rey: mi esposo, el caballero vencedor del torneo, el hombre que me ganó, volverá, porque me adora; pero los cielos quieren que me encuentre muerta. No encerréis mi cadáver en oscura tumba de mármoles; ponedlo, si me habéis amado, en urna de cristales, para que el caballero, mi esposo, me vea cuando regrese, y sepa que muerta le quiero como le quiso, sin conocerle, en vida.» Y oyendo que su padre así lo permitía entre sollozos, inclinó la cabeza como un lirio.

Cumplido fué el postrer deseo de la princesa Elena, y su cuerpo incorrupto yace en urna de cristales maravillosamente labrada. Los servidores del rey de Sicilia depositáronla en un templete elevado en el más sombrío refugio de los jardines reales; pero mis hermanos lo gnomos robáronla una noche, transportándola á nuestros palacios subterráneos, y en ellos, dentro de su urna de cristal, más que muerta, dormida y, sin haber perdido un solo rasgo de su belleza encantadora, espera la princesa Elena el regreso de su misterioso prometido, que está siempre al lado su-

yo, ¡pues yo soy quien vela la enamorado su sueño!

Todas las lunas nuevas salgo á los jardines de la tierra para cojer manojos de flores con que rodear la fúnebre urna. ¿Me permitís que despoje el vuestro de rosas?

A un signo de asentimiento mío, el gnomo comenzó con rápida mano su siega de rosas, y cuando tuvo tantas que casi ocultaban su cuerpecillo enano,



dió un grito de júbilo y desapareció y desapareció de mi vista como si lo tragara la tierra.

Entiendan las lectoras de este cuento, que todo hombre, lo mismo que la armadura, lleva dentro un enano. El metal deslumbrador de aquella encerraba un ridículo gnomo; el más hermoso cuerpo varonil encierra un miserable corazón.

Si las lectoras son sabias, se contentarán, cuando

amen, con amar la armadura deslumbradora, soñándola rehenchida de perfecciones; pero iguay con descubrir por entre sus junturas al hombrecillo que la rige, al corazón enano que la anima!

Y sólo de ese modo, enamoradas de un misterio, y mientras el misterio exista, conseguirán las lectoras amar en vida y en muerte, coma la princesa Elena.

José DE ROURE.

Crítica literaria

HASTA hace poco llamábamos poeta al que en buenos versos expresaba nobles sentimientos por medio de hermosas imágenes.

Ahora, de quince ó veinte años á esta parte, llamamos ya poeta... mejor diré *llaman*, pues yo por mí no tengo que acusarme de tal pecado: llaman ya poeta á cualquier imbécil que escribe versos cojos, duros é insufribles.

Es decir que antes llamábamos poeta al que nos deleitaba con sus versos, y ahora se lo llamamos al que nos aburre y nos fastidia.

Y vamos progresando, según dicen.

Pues si de las esferas de lo común y de lo corriente subimos á la de lo extraordinario sucede lo mismo.

Antes se llamaba gran poeta solamente al que de tal manera nos hacía sentir sus propios sentimientos ó de tal manera despertaba ó halagaba los nuestros, que nos arrebatava y enloquecía de entusiasmo, y nos hacía gozar repitiendo sus hermosos versos que desde la primera lectura se nos habían grabado en la memoria.....

Ejemplos: Espronceda, Zorrilla, Campoamor... en el siglo XIX.

Hoy... como decía Bretón de los Herreros, hablando de los héroes

«Hoy lo arreglamos ya de otra manera:
Proclamas y periódicos sin cuento
Conceden ese título á cualquiera».

En efecto: cuatro gacetilleros inconscientes proclaman ahora *gran poeta* y hasta «príncipe de la lírica» á cualquier majadero atrevido de esos que se lanzan á escribir versos sin numen, ni inspiración, ni sentido del ritmo, ni conocimiento de la métrica ni del idioma en que los escriben, versos que á más de atormentar los oídos de quienes los leen y los oyen leer, pueden producir un ataque cerebral seguido de muerte al infeliz que se empeñe en entenderlos.

Pocos días hace todavía que un indocumentado literario, un Pedro... no sé si González ó Fernández, aquí en Madrid, en EL IMPARCIAL, llamaba *gran poeta* á Unamuno (¡á Unamuno!) que ha tenido la osadía de publicar un tomo de versos.

Y no hace muchos meses que otro indocumentado, gacetillero literario del mismo periódico, llamaba *ilustre poeta* á Rubén Darío, afirmando de paso que nadie puede hoy «disputarle el dominio de la Lírica castellana», siendo de advertir que todo esto lo decía para encabezar una larga *composición* del mismo «ilustre poeta», ó más propiamente, una larga *descomposición*; pues si en la forma era una tirada de alejandrinos mal compuestos, de corte primitivo y semisalvaje, en el fondo era una verdadera disnea de incongruencias y despropósitos.

Gracias á las lisonjas de la ignorante gacetilla y gracias también al bombo mutuo y al auto-bombo, que cul-

tivan asiduamente, llegan á creer estos modernistas que están siendo la admiración del mundo sabio.

Pero se equivocan.

No son más que la admiración de los papanatas.

Sirva lo dicho como prólogo, y entro en materia, participando á ustedes, discretos lectores, que me ha caído en las manos un libro bien impreso (ilástima de impresión!) en papel excelente (ilástima de papel!) que dice lo mismo en la cubierta que en la portada:

LEOPOLDO LUGONES-LOS CREPUSCULOS DEL JARDÍN

Y luego debajo entre parentesis (POESIAS).

Esto último no lo crean ustedes.

No lo crean aunque se lo prediquen periodistas descalzos.

Que también los hay casi tan descalzos como los frailes.

No: no lo crean ustedes.

En el libro del señor Lugones hay muchas cosas que podrían llevar nombres acabados en *ias*.

Hay cosas, por ejemplo, que un aficionado á la salática pudiera llamar soserías.

Hay otras que un enamorado de lo serio llamará tal vez fruslerías, ó niñerías, ó ñoñerías....

Y aún hay algunas, como verbigracia un soneto titulado *Conjunción* y otras al simil, para las cuales un moralista cristiano puede que no hallara nombre más natural que el de porquerías....

En fin, de todo hay en el libro, menos poesías.

Como que casi no hay ni siquiera versos.

Digo *casi*, porque, vamos, al principio del libro hay algunos que, aunque rípidos y duros, pueden pasar por versos y como tales suenan.

Pero á medida que se van corriendo páginas los versos van desapareciendo, van siendo sustituidos por renglones desiguales á la modernista, sin rima, ni ritmo, ni medida siquiera.

Lo cual suponiendo que las *composiciones* (de alguna manera se las ha de llamar) hayan sido colocadas en el libro por orden de edad, ó sea según las ha ido escribiendo su autor, prueba que este va *adelantando*.

Véase el *prefacio* que es lo menos malo del libro:

«Lector este ramillete
Que mi *candor* te destina,
Con permiso de tu *usina*
Y perdón de tu bufete....»

¡Psche!... Pase la *usina*, aunque por acá no se la conoce. Pero en fin, un barbarismo más ó menos....

También hay que pasar que el autor se proclame *candoroso*.

Y sigue:

«No significa en ninguna
Forma, un *anarquico juego*....»

Un ramillete que el *candor del poeta* destina al lector con permiso de la *usina* y perdón del bufete... *ramillete* que no significa un *juego anárquico*.....

• ¿Lo entienden ustedes?

«No significa en ninguna
Forma un *anárquico juego*,
O un desordenado *apego*
A las cosas de la luna....»

¿Cuales serán las *cosas de la luna*? Habremos descubierto que la luna tiene *cosas* como los modernistas?

¿Y que tendrán que ver las *cosas* de la luna, caso de que las tenga, con los *juegos anárquicos*?....

¡Hay para volverse uno... Lugones!

El cual, después de otra redondilla tan importante como la de las cosas de la luna, sigue:

«Epopéya baladí
Que por lógico resorte.....»

—¿Resorte... lógico?—creo que pregunta algún lector maravillado.

—No señor, *resorte consonante*; porque tras del verso del *lógico resorte* viene otro terminado en *consorte*: «Quizá sirva á tu *consorte*» y claro es que esa *consorte* no había de concertar con *patatas fritas*.

Ahora al principio; pues allá, al fin del tomo, ya hay consonantes de ese trapío.

Otra redondilla:

«Perdóname las cadenas
De amor que me llagan vivo.....»

¿Que querrá decir con esto de que le *perdonemos las cadenas*?..... Las cadenas que le llagan.....

Que las perdone él, si quiere; pero ¿nosotros?..... ¿Que daño nos hacen?.....

Y continúa:

«Nadie disputa al cautivo
La libertad de sus penas».

¿La libertad de sus penas?.....

Habrá querido decir la libertad de cantar sus penas?
En fin que cada paso es un tropiezo.

Vale Dios que la redondilla siguiente es menos inteligible que las anteriores, si cabe.

«Mi flaqueza vencedora....»

¡Flaqueza vencedora!... Que trastienda tiene el chico!

«Mi flaqueza vencedora
Lleva consigo el desquite,
Si al mismo mar se le admite
El sonrojo de la aurora».

Declaro ingenuamente que no entiendo lo que esa redondilla quiere decir.

Nada, ni por asomos; no entiendo nada.

Si algún lector es más afortunado que yo, le suplico que me lo diga.

No se lo suplico al auto!, porque estoy seguro que lo entiende menos.

Como que el mismo confiesa en seguida que le ha costado sudores el escribir su libro.

«Mas yo *sudé mi sudor*
En mi parte de labranza. . .»
Y, á lo que á mi se me alcanza
Durmiendo estabas mejor.

Y concluye:

«Obrero cuya tarea

No se sabe bien si el obrero es el sudor ó el que suda; prosigamos.

«Obrero cuya tarea.
Va sin grimas....»

¡Lo dirá usted!... Pero no lo dirá el lector seguramente. No, señor.

¿Como lo ha de decir, si para él toda la *tarea* de usted es decir, su libro, es una pura grima?

¡Con decir que todo él es peor que el prefacio!

ANTONIO DE VALBUENA.

La página blanca



Mis ojos miraban en hora de ensueños
la página blanca.

Y vino el desfile de ensueños y sombras.
Y fueron mujeres de rostro de estatua,
Mujeres de rostros de estatuas de mármol
Tan tristes, tan dulces, tan suaves tan pálidas,
Y fueron visiones de extraños poemas!
De extraños poemas de besos y lágrimas
De historias que dejan en crueles instantes
Las testas viriles cubiertas de canas!

Qué cascos de nieve que pone la suerte
Qué arrugas precoces cincela en la cara!
Y cómo se quiere que vayan ligeros
Los tardos camellos de la caravana!

Los tardos camellos—
Como las figuras en un panorama—
Cual si fuese un desierto de hielo,
Atraviesan la página blanca.

Este lleva
Una carga

De dolores y angustias antiguas
Angustias de pueblos, dolores de razas;
Dolores y angustias que sufren los Cristos

Que vienen al mundo de víctimas trágicas!

Otro lleva
En la espalda

El cofre de ensueños, de perlas y oro
Que conduce la Reina de Saba

Otro lleva
Una caja

En que va, dolorosa difunta,
Como un muerto lirio, la pobre Esperanza.

Y camina sobre un dromedario
la Pálida,

La vestida de ropas oscuras,
La Reina invencible, la bella inviolada.

La Muerte
Y el hombre,

A quien duras visiones asaltan,
El que encuentra en los astros del cielo
Prodigios que abruma y signos que espantan.

Mira al dromedario
De la caravana

Como al mensajero que la luz conduce,
En el vago desierto que forma
la página blanca!

RUBÉN DARÍO

LA MANO

Todos rodeaban al señor Bermutier, juez de instrucción, que refería el suceso misterioso de Saint-Cloud. Aquel inexplicable crimen, aterrando á París, no era comprendido por nadie.

El señor Bermutier, de pie, apoyado en la chimenea, hablaba, comentando las varias opiniones, aduciendo pruebas, pero sin deducir afirmación alguna.

Varias señoras habíanse levantado para oírle mejor, de más cerca, y clavaban los ojos en los afeitados labios del juez, aplicando al mismo tiempo el oído á sus graves palabras. Estremecíanse, vibraban ansiosos con la insaciable y ávida curiosidad que nos hace apetecer emociones terribles y agustiosas.

Una de las que le rodeaban, más emocionada que las otras, dijo, aprovechando un silencio.

—Es inverosímil y espantoso. Parece realizado por una fuerza sobrenatural. Nunca sabremos lo que hubo.

El juez, dirigiéndose á ella, prosiguió:

—Es probable que nunca lo descubramos, pero no porque haya en el suceso nada sobrenatural. Es un crimen vulgarísimo, aunque hábilmente preparado y dispuesto de modo que no dejara huellas. Hay crímenes de otra especie, señora, en que se duda si pudo intervenir un poder misterioso y fantástico. Yo sumarié hace tiempo uno, que nos vimos obligados á dejar por falta de informes que pudieran aclararlo.

Varias señoras exclamaron á la vez, y tan rápidamente que sus voces se confundieron en una sola voz:

—¡Cuéntelo! ¡Cuéntelo!

El señor Bermutier sonrió gravemente, como debe sonreír un juez ne instrucción, y dijo:

—No imaginen ustedes que yo pude suponer un solo instante la existencia de algo sobrehumano en la singular aventura que voy á referirles. Creo nada más en las causas y leyes naturales. Por eso, en vez de la palabra «sobrenatural», para designar lo que se resiste á nuestra comprensión, emplearé la palabra «inexplicable». Las circunstancias que rodearon el suceso eran la causa principal del interés, del asombro que producían. Empezaré y ustedes juzgarán:

«Yo era entonces juez de instrucción en Ajaccio, pequeña ciudad, limpia y blanca, recostada en la curva de un admirable golfo rodeado por altas montañas.

«Lo que allí me daba mayor trabajo eran las «vendetta», muchas de las cuales parecían dramáticas, feroces ó heroicas. Allí encontré los más extraños y hermosos motivos de venganza que se puedan imaginar; seculares odios, apaciguados un tiempo, jamás extinguidos: engaños terribles, asesinatos que tomaban el carácter de verdaderas degollinas ó de acciones gloriosas. En dos años, apenas oí hablar de otra cosa que del valor de la sangre, de la terrible opinión que obliga fieramente á vengar cualquiera injuria sobre la persona que la infirió y sobre sus descendientes y allegados. Ví sacrificar á los abuelos, á los parientes lejanos, á los amigos de los ofensores; tenía la cabeza llena de tales historias.

«Un día supe que un inglés acababa de instalarse, alquilándola por muchos años, en una elegante casita situada en lo más resguardado del golfo. Le acompañaba un criado francés, al cual, de paso en Marsella, tomó á su servicio.

«Pronto fué una preocupación para la gente aquel extraño personaje que vivía sólo y sin más ocupaciones que la caza y la pesca. No hablaba con nadie, no entraba siquiera en la ciudad, y cada mañana, ejercitábase tirando al blanco un par de horas, con pistola ó carabina.

«Comenzaron las habladurías y se hicieron muchos comentarios. Unos, le suponían elevado personaje, huído

por cuestiones políticas de su patria; otros afirmaban que se recogió allí después de cometer un crimen espantoso. Todos citaban detalles verdaderamente horribles.

«Por mi carácter de juez de instrucción, me creí obligado á procurarme los antecedentes de aquel hombre; pero me fué imposible descubrir lo más mínimo.

«Se hacía llamar Jhon Rowell.

«Yo le tenía muy vigilado; pero, en realidad, nunca supe que hiciera nada sospechoso.

«Las murmuraciones continuaban, aumentando sin cesar, agigantándose; ya intervenía en ellas la ciudad entera. Me resolví á entablar amistad con el inglés, y para conseguirlo, salí de caza todos los días, frecuentando los alrededores de su propiedad.

«Aguardé una ocasión favorable, y se presentó al cabo de algún tiempo en forma de perdiz que tiré y maté en las propias barbas del misterioso personaje. Mi perro la cobró, y recogíendola, me acerqué, rogando al dueño de la finca donde cayó la pieza que me dignase aceptarla y perdonar mi abuso.

«Jhon Rowell era un hombre alto y fornido, algo así como un Hércules, tranquilo y correcto, con las barbas y los cabellos rojos. No asomaba en sus modales la tirantez británica, y agradeció vivamente mi atención. Al cabo de un mes yo había conseguido hablar con Rowell cinco ó seis veces.

«Al fin una tarde, al pasar frente á su puerta, le ví á horcajadas en una silla de su jardín, fumando tranquilamente. Le saludé y me invitó á entrar para que bebiéramos un vaso de cerveza. No me hice repetir la invitación.

«Mostró en atenderme y servirme toda la cortesía inglesa; me habló con elogio de Francia, y me dijo que le agradaba mucho aquella tierra de Córcega y aquel golfo á donde se había retirado.

«Aproveché la ocasión para preguntarle con todas las precauciones convenientes, y como una fórmula discreta, noticias de su pasado y de sus proyectos.

«Me contestó abiertamente, sin turbarse ni vacilar un momento, que había viajado mucho por Africa, por las Indias y por América, y añadió riendo:

—«He corrido muchas aventuras en todas partes.

«Luego hablamos de asuntos de caza, y me dió curiosos detalles acerca de la del hipopótamo, de la del tigre, del elefante y hasta de la caza del gorila.

«Yo dije:

«—Son temibles todos esos animales.

«El, sonriendo, contestó:

«—El más terrible animal es el hombre.

«Y soltó la risa franca y ruidosa; una risa inglesa, prosiguiendo.

«También he cazado al hombre.

«Me habló de armas, invitándome á entrar para que viese las que allí tenía.

«El salón estaba tapizado de negro; de seda negra bordada en oro. Grandes flores amarillas, diseminadas en el oscuro fondo, brillaban como si estuvieran encendidas.

«Rowell me indicó:

«Son tejidos japoneses.

«En el centro de una pared atrajo mi atención un objeto extraño; sobre un cuadro de terciopelo rojo destacábase un cosa negruzca. Me acerqué y ví que aquello era una mano; una mano de hombre. No el esqueleto, sino toda la mano, con sus uñas amarillas, los músculos y los huesos partidos, la sangre seca. Parecía cortada con violencia, en redondo, con un hacha, más arriba del puño, el cual estaba sujeto con una enorme cadena, remachada, soldada, incrustada en el objeto que oprimía sujetando-

lo al muro con una fuerte argolla; todo ello pudiera esclavizar á un elefante.

• «Yo pregunté:

«—¿Qué significa esto?

«El inglés respondió tranquilamente:

«—Fué mi enemigo mayor. La traje de América. La desprendí en seco de un sablazo; le arranqué la piel con una piedra cortante y la tuve al sol ocho días. ¡Oh! Muy bien.

«Toqué aquel despojo humano, que debió pertenecer á un coloso. Las falanges de los dedos, desmesuradamente largos, estaban sostenidos por gruesos tendones. Era una mano espantosa, despellejada, y hacía suponer alguna venganza salvaje.

«Dije:

«—¿Sería muy forzudo su dueño?

«El inglés pronunció suavemente:

«—Sí pero yo lo era más. Le sujeté con esa cadena.

«Me pareció que bromeaba, y añadí:

«—Ahora, la cadena ya es inútil; la mano sola no podría escaparse.

«Jhon Rowell dijo gravemente:

«—Sí; ha querido escaparse. La cadena es necesaria.

«—Con una rápida mirada le observé, pensado:

«—¿Será loco este hombre ó será un bromista?

«—Pero nada ví en su rostro impenetrable, tranquilo y bondadoso, que me hiciera sacar de mis dudas. Hablamos de otra cosa, examinando las escopetas.

«Reparé que sobre distintos muebles había tres revólvers cargados, lo cual indicaba claramente que vivía el inglés muy prevenido contra un ataque violento; que sin duda esperaba.

«Varias veces le visité. Luego satisfecha la curiosidad, suspendí mis visitas. Con el tiempo se habían acostumbrado todos á verle, y nadie se preocupaba ya de hacerle objeto de conversaciones.



«Paso un año. A fines de Noviembre, una mañana me dijeron al despertarme, que habían asesinado á Jhon Rowell durante la noche.

«A la media hora entré, acompañado por el capitán de gendarmes y un actuario, en la casa donde residía el inglés. El criado, sumido en el mayor desconsuelo, lloraba junto á la puerta. Sospeché al pronto de aquel hombre; pero me convencí de su inocencia.

«No fué posible hallar las huellas del culpable.

«Al entrar en la sala ví á Rowell tendido en el suelo. Tenía el traje en desorden y una manga desgarrada, lo cual era prueba evidente de que hubo lucha.

«El inglés había muerto estrangulado. Su rostro estaba ennegrecido y abotagado, y la expresión era la de un espanto irresistible. Apretaba entre sus dientes un cuerpo extraño; su cuello en el cual se marcaban cinco heridas que parecían hechas con cinco clavos de hierro, estaba cubierto de sangre. Al llegar el médico, examinó detenidamente las huellas de la mano criminal, y pronunció estas palabras misteriosas:

«—Diríase que le ha estrangulado un esqueleto.

«Sintiendo, al oírlas, que todo mi cuerpo sufría una

conmoción, fijé los ojos en el sitio donde me sorprendió en otro tiempo ver una mano despellejada y seca. •

«No estaba ya; y la cadena, rota, colgaba de su argolla.

«Inclinándome sobre el cadáver, observé que tenía en la boca un dedo de aquella mano desaparecida, cortado por la presión de los dientes en la segunda falange.

«Abrimos el sumario. No se descubrió nada. Ninguna cerradura forzada, ninguna puerta, ninguna ventana que indicasen un camino. Todo estaba en su estado normal.

«En resumen, el criado no dijo más que lo siguiente:

«Hocía un mes que mi amo se mostraba intranquilo. Había recibido muchas cartas, que al punto quemaba en la chimenea.

«Frecuentemente, cogiendo un látigo, en un acceso de cólera, semejante á una furiosa locura, golpeaba la mano clavada en la pared, y desprendida, no se sabe cómo á la hora del crimen.

«Se acostaba muy tarde y cerraba la puerta con muchas precauciones. Tenía siempre un revolver al alcance de su mano. Con frecuencia, de noche, hablaba en alta voz, como si disputase con alguno.

«En la noche del crimen, precisamente, no había hecho ningún ruido, pareciendo muy sosegado,

«Al abrir las ventanas, por la mañana, fué cuando el criado vió á Rowell muerto.

«No sospechaba de nadie.

«Pusimos en movimiento la gendarmería, los polizontes y los tribunales de toda la isla; se hizo una información minuciosa. Nada se averiguó.

«Pero una noche, á los tres meses de realizado un crimen, tuve una horrible pesadilla. Me pareció ver la mano, la espantosa mano, corriendo como un escorpión ó como una araña á lo largo de los cortinajes y las paredes. Me desperté, me tranquilicé, y al dormirme de nuevo, el repugnante despojo me obsesionaba; corriendo por mi cuarto, sirviéndose de sus dedos como de unas patas.

«Al día siguiente me la llevaron, habiéndola encontrado en el cementerio sobre la tumba de Jhon Rowell, de cuya familia y antecedentes nada se averiguó tampoco.»



Las mujeres, pálidas y descompuestas, vibraban estremecidas. Una dijo, al enterarse de que la historia estaba terminada:

—Pero, ¿no hay un desenlace, una explicación?

Y el juez, sonriendo con severidad, repuso.

—No quisiera yo, señoras mías, destruir con suposiciones el efecto que produce á ustedes la fantasía misteriosa del suceso. Yo, sencillamente, imagino que el hombre á quien pertenecía la mano clavada, no estando muerto, fué á recogerla, vengándose. ¿Cómo lo hizo? eso yo no lo sé.

Una de las que le oían, murmuró:

—No es posible; alguien le hubiera visto.

Y el juez, sonriendo siempre, dijo:

—Ya sospechaba yo que no convencería mi solución.

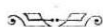
GUY DE MAUPASSANT.



Nuestra información gráfica

Publicamos hoy el retrato del señor Rafael Canevaro decano del cuerpo consular en Lima, que en la pasada semana ha celebrado sus bodas de oro en el cargo á que hacemos referencia.

El señor Canevaro que desde hace treinta años viene desempeñando el consulado de los Países Bajos y del Portugal fué agasajado el sábado último con un banquete, que se realizó con todos los detalles de una franca y alegre cordialidad.



Siguen con todo entusiasmo las fiestas á beneficio del barco-escuela con que el patriotismo se propone dotar á la nación. En el campo de Santa Beatriz se realizó el



Sr. Rafael Canevaro. Foto. Mora
Decano del Cuerpo Consular



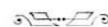
Fot. Mora



Enlace Castillo-Portella

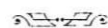
Fot. Courret

penúltimo viernes un match de foot ball, que además del ya referido objeto, tuvo el atractivo de una elegante concurrencia femenina que vistió de gala las praderas y los abladillos del campo sportivo.

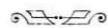


Ha contraído matrimonio el señor Julio Alberto Castillo, director propietario del semanario ACTUALIDADES, con la bella señorita Hercilia Portella.

A la ceremonia realizada en la Iglesia de la Recoleta asistió un numeroso grupo de amigos del joven é inteligente novio y de la bella y virtuosa desposada.



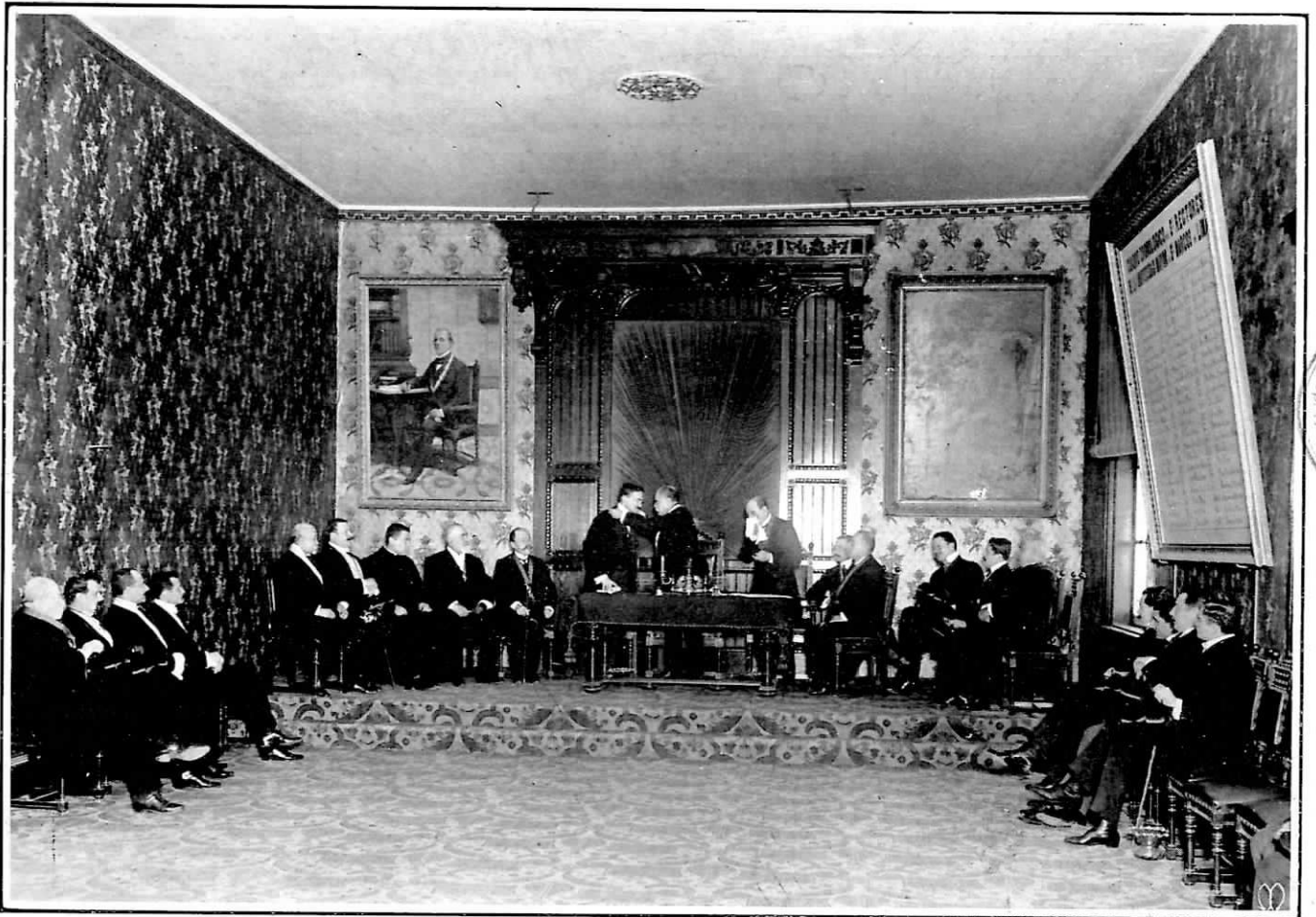
La Universidad de Lima ha conferido al señor L. S. Rowe el título de Doctor en la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas. Publicamos hoy una vista de la interesante actuación, en la que el señor Rowe, pronunció el hermoso discurso que ha reproducido la prensa diaria.



Con motivo de celebrar su cumpleaños, fué agasajado con un banquete, efectuado en el hotel Maury, el señor general Pedro E. Muñiz, Ministro de la Guerra.

Esta manifestación fué ofrecida por un grupo de personas altamente colocadas en los círculos social y administrativo.





El Rector de la Universidad colocando al Sr. Rowe la banda de doctor de la Facultad de Ciencias Políticas

Foto. Moral



Asistentes al banquete al General Muñiz

Foto, Grandjean



Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

Conocía yo demasiado el carácter de Hadiyé, para dar fe por completo á su relato; pero había que poner coto de una vez á semejantes excesos. La dicha de mi hogar, hasta entonces tan plácida, se hallaba comprometida si no me apresuraba á obrar con equidad y severidad. Después del atentado cometido por Konyé-Gul, mis hurfes, muy irritadas, reclamaban una venganza ejemplar y me pedían que la entregase al cadí. Esto era demasiado.—Costóme sin embargo trabajo calmarlas. Al fin se conformaron con un castigo menos trágico, que se limitaba á la exclusión y expulsión de esta indigna compañera. Semejantes aventuras podían traslucirse al exterior y causar escándalo. Aunque tuve en cuenta la exaltación de mis hurfes en sus exigencias de castigo inmediato, comprendí claramente que no tenía más remedio que mostrarme severo, no obstante el embarazo que me producía semejante aventura. Prometiles satisfacer por completo su legítimo enojo, y dejando á Hadiyé confiada á Zura y á Nazlí, declaré que iba inmediatamente á someter á un interrogatorio á la culpable... y que después dictaría la sentencia.

Konyé-Gul se había encerrado en su habitación. Halléla sentada en su diván, cuyos almohadones parecían haber sido pisoteados en un acceso de ira y de desesperación. Parecía ate-



rrada, con la mirada sombría y con las crispadas manos sobre las rodillas. Su rostro y su cuello llevaban las huellas de las uñas de Hadiyé. El alcohol de sus ojos se había extendido acá y allá por sus mejillas y casi había embadurnado todo su rostro.

Al entrar yo, no hizo el menor movimiento.

Me dirigí á ella con el solemne tono de un juez irritado.

---¡Desgraciada! ¿qué has hecho?

Guardó silencio y permaneció inmóvil con los ojos fijos en la alfombra.

—Después de semejante acción ¿no me responderás? repuse.

—¿Por qué la prefieres? dijo al fin con acento feroz.

—¿Y por qué te he de preferir á tí, cuando tu mal carácter y tus celos te impulsan á la desobediencia y al crimen y cuando no haces más que suscitar entre nosotros disputas y discordias?

Al oír estos reproches, Konyé-Gul se irguió de pronto ante mí.

---Segun eso ¿no me quieres ya? exclamó irritada.

Mi interrogatorio corría peligro de extraviarse.

---No es éste el momento de responderte. Ahora sólo se trata de pedirte cuenta de la acción que acabas de cometer.

---¡Pues bien, si no me quieres ya, deseo que me lo declares, y moriré! ¿Qué te he hecho para que des la preferencia á Hadiyé? ¿Es acaso más hermosa que yó? Si me encuentras fea, dijo con intensa desesperación, dímelo. Me arrojaré al lago y no me volverás á ver.

---No, no he dicho eso, repliqué, tratando de impedir esta digresión.

---Entonces ¿qué me echas en cara? ¿Te quiere acaso Hadiyé más que yo?

---No se trata aquí de los sentimientos de Hadiyé ni de los míos, sino de tus violencias, de la puñalada que le has dado:

---¿Y por qué me dijo que tú la preferías á mí? añadió.

---¿Te ha dicho eso?

---¡Sí! y afirma que tú se lo has jurado. Yo no quiero que me amen como á una esclava. He aprendido en tus libros que las mujeres de tu país mueren cuando dejan de ser amadas; si no me amas, quiero morir. Me has dicho que tengo un corazón, un alma y una inteligencia como ellas, y que el amor de una mujer la hace igual á su dueño. ¿Te atreves á decir, ingrato, que no te amo? He tenido nunca celos de Zura ó de Nazlí? ¿Por qué has

de dar la preferencia á Hadiyé? Si ya no me quieres, añadió con expresión de dolor, córtame los cabellos, aféitame las cejas y relégame entre tus criadas.

Al decir esto se había echado á mis pies con ademán delirante. Corría por sus mejillas un torrente de lágrimas. En medio del desorden de su aflicción, tenía acentos de tan punzadora angustia que, aunque estaba decidido á castigar me sentí enternecido á pesar mío. Ante aquellos arranques de una pasión que no concebía nada fuera de su celosa furia, echaba de ver que era vano intento de pretender despertar en ella la conciencia de su acción culpable. No escuchaba sino el grito de su propio dolor.---¡Yo no la amaba ya y amaba á Hadiyé!—Estas palabras repetílas en medio de desgarradores sollozos, de tal suerte que, conmovido de piedad y olvidando mi resolución, no pude menos de dejar escapar una palabra de protesta. Apenas salió de mis labios exclamó:

(Continúa.)

Almacén de Calzado



PARA SEÑORAS * * * NIÑOS * * *



OLYMPIA

TRADE MARK

THE **BEST** **BOOT**

OLYMPIA REG. D.

N. y E. B. RIVAROLA
Plateros
de San Agustín
N.º 106-108
LIMA

PARA * * * CABALLEROS * * *

N. y E. B. Rivarola

Plateros de San Agustín 106 y 108

LIMA

PIANOS "APOLLO"



Los mejores

EN SU

CONSTRUCCION



Los más
ELEGANTES

EN SU

APARIENCIA



RECONOCIDOS UNIVERSALMENTE

Premiados con NUEVE MEDALLAS DE ORO en las últimas Exposiciones

ULTIMA INVENCION

Estos pianos no sufren con los estudios prolongados, ni éstos molestan á los vecinos. Mediante un tercer pedal, el clavijero está defendido por un fieltro que apaga la voz y protege el mecanismo. Si desea Ud. adquirir el mejor piano del mundo, diríjase al único lugar de venta

E. L. HOLTIG,

Representante exclusivo en el Perú.

VIRREYNA, 492

**FACILIDADES ESPECIALES
A LOS COMPRADORES**

Puedo daros fuerza



Usted puede sentirse vigoroso como lo era antes de malgastar su naturaleza, puede volver nuevamente á gozar de la vida, puede levantarse fresco y tonificado por medio de reposado sueño, y no cansado y soñoliento como si hubiera trasnochado. Puede hacer desaparecer los dolores de cintura, malas digestiones, estitíquez etc. etc., al percibir la reaparición de su vigor, encontrarse con su vista clara, buen semblante, saber que lo que otros hacen también puede hacerlo usted. En resumidas cuentas. ¿Desear Ud. ser considerado como hombre entre los hombres? Esto lo puede hacer con Ud. puesto que lo ha hecho con otros.

Mi "HERCULEX" Eléctrico, ha devuelto las fuerzas y vigor á miles de personas débiles que á causa de tantos sufrimientos se encontraban en un continuo estado de postración no ha tenido hasta ahora un solo fracaso. Devuelve el poder vitalizador de la electricidad; sin causar quemaduras ni ampollas, desarrollando el poder vitalizador del hombre. Hace desaparecer las huellas prematuras de excesos ó indiscreciones.

Mis deseos son que todos los que se sienten aniquilados por el agotamiento que producen las enfermedades, usen de mi aparato y cuando sanen, cuenten á sus amigos los maravillosos beneficios adquiridos con su uso. Mi "Hérculex" es también un remedio muy eficaz contra la debilidad nerviosa, reumatismo, dolores de cintura, dispepsia, afecciones al hígado, riñones y vejiga. Tiene también accesorios para señoras, y cura las distintas enfermedades peculiares á su sexo.

¡Fácil para emplearlo! ¡Cura durante el sueño! ¡Nunca falla!

Dolor á la cintura, columna vertebral curados, sueño recuperado etc. etc.

Señor doctor Sanden.—Muy señor mío.—Lima.—Perdone Ud. que recién hoy acuse recibo de su grata del 21 de noviembre del año p. p.; porque quería, al escribirle, darle informe seguro acerca de los resultados que he obtenido con las aplicaciones de su justamente afamado Cinturón eléctrico "Hérculex". Y esos informes doy á Ud. con el mayor gusto, puesto que es mi deber reconocer la eficacia de aquel tratamiento cuando se lo hace en las condiciones requeridas; es decir, siguiendo estrictamente las instrucciones de Ud. y las que dicta el más elemental buen sentido. A pesar de que no puedo usar el Cinturón diariamente á causa de las ligeras ampollas que me resultan en los puntos de contacto de los discos, produciéndome aquella intolerable comezón, y dolor á veces, sin embargo de recubrir siempre los discos metálicos con sus forros.

Los efectos saludables que experimento no me dejan la menor duda de que la corriente eléctrica "Sanden" un maravilloso agente curativo para el sistema nervioso. Mi salud es buena y completa; todas mis funciones se verifican normalmente; mi sueño no es ya alterado y jamás padezco de insomnio; asimilo bien los alimentos y hasta he aumentado de peso. El dolor á la cintura y á toda la columna vertebral que antes era casi constante, ha desaparecido por completo también; y si alguna vez lo tengo, no es insufrible y proviene de cansancio, por exceso de trabajo algunas veces. Con mis fuerzas restauradas. Mi ánimo ha cobrado también valor, y ya la tristeza no es tan sombría como antes. Las causas que constantemente obra; sobre mi espíritu no me abaten tanto y de tal manera que me hagan odiar la vida. En una palabra, mis nervios reaccionan poderosamente y voy recobrando mi fuerza normal que casi naufragaba. Este estado es halagador y se lo debo á Ud. y á quien tuvo la feliz inspiración de indicarme á usar el "Hérculex". Cuento con tener en adelante oportunidad de dirigirme nuevamente á Ud. y que, al hacerlo, será para robustecer mis opiniones respecto del éxito infalible obtenido por medio del tratamiento de Ud. Y renovándole las seguridades de mi distinguida consideración, soy de Ud. Affmo. y S. S.—LUIS F. VILLAMAR.—Ibarra, Ecuador 17 de marzo de 1907.

Todas las consultas son gratis

Dr. E. M. SANDEN—Pozuelo de Sto. Domingo 44 altos—Lima—Perú—Horas de oficina de 8 y ½ á 6 p. m.—Domingos de 9 á 12 p. m.

PRISMA

Revista semanal ilustrada, de Literatura, Artes, Teatros, Modas, Sport, etc., etc.

AVISOS

Profesionales, comerciales con fotograbados ó sin ellos, lo mismo que avisos del extranjero á precios convencionales.

AGENTES DE "PRISMA"

SS. Colville & Co.....	Callao	Sr. Estevan Mariño.....	Cerro de Pasco
Sr. Francisco Arnao.....	Huarás.	SS. Sanguinetti Hermanos.	Jauja
„ Carlos N. Mellet.....	Salaverry	Sr. Manuel A. Sauri.....	Huancayo
„ Haya, Verjel y Cia.....	Trujillo	„ P. F. Raschio.....	La Merced
Dr. Lucas Rodríguez.....	Pacasmayo	„ José D'Angelo.....	Chincha Alta
Sr. M. R. Castillo Cisneros.	Chiclayo	„ A. P. Vinjoy.....	Pisco
„ Oswaldo Hoyos Osores	Cajamarca	„ Carlos Dorich.....	Mollendo
„ Nestor Garrido.....	Payta	„ Ramón Albareda.....	Arequipa
„ Enrique del C. Ramos...	Piura	„ Oscar Ramírez.....	Pisagua
„ Sabino Hernández.....	Guayaquil	„ Guillermo R. Fregear...	Oficina Agua Santa
„ José Luis Icaza.....	Casapalca	„ Edw. E. Muecke.....	Iquique
„ Carlos Cailleux.....	Yauli	„ Horny, Wobbe y C°.....	Taltal
„ Juan Daly.....	La Oroya	„ Federico Ottenheim.....	La Paz

PERFUMERIA DE LA OPERA DE PARIS

Perfumes predilectos de la aristocracia europea

PARFUM NOUVEAU

CRESSE DE FLEURS



LITH. E. A. ROBERT. F. MANTES PARIS. Haut. Temple. 4.

4.
era

VIVILLE, PARFUMEUR, PARIS

Nuevas creaciones: Sonrisas de Abril, Caricias de las flores, Encanto secreto, Pensamientos color de rosa

POLVOS ESPECIALES "BOTON DE ORO"

INCOMPARABLES POR SU SUAVIDAD Y FRESCURA
Antigua Botica Droguería Francesa

F. E. REMY
MERCADERES 445